

Volumen XX.—Julio 1.º de 1925.—Número 196.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXXV

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Julio 1.º de 1925

UNA SANTA DE ESTOS TIEMPOS

I

Ayer fui al estudio de un pintor a ver una decoración mural que va a colocarse encima de un altar en una de las grandes iglesias neoyorquinas. Esta ocurrencia, harto común, vino a resultar en una extraña aventura. Su interés fue, en cierto sentido, tan personal para el protagonista de la aventura, que acaso no acierte él a comunicarlo a otras personas; empero, no lo cree así; al contrario, imagina que el alto sentimiento cuyo perfume alcanzó a gustar ayer es el mismo que ansían todos los corazones y el que buscan todas las almas. Sea lo que fuere, los esfuerzos que él haga por participar su emoción a otros son en sí mismos una aventura, y por eso valen la pena de emprenderse.

El estudio a donde había sido invitado el narrador, se halla situado en el último piso de un enorme edificio de oficinas de Nueva York. Bajo su techo, cerca de cuarenta mil seres humanos viven sus horas de trabajo diario dentro de oficinas arregladas como las celdas de un gigantesco panal, en inmensos pisos; allí el

CONTENIDO

- Una santa de estos tiempos. MICHAEL WILLIAMS.
Longitud de Bogotá.
Carta del Presidente de la
Sociedad de Embellecimiento..... JOSE MARIA SAIZ.
El retrato..... MANUEL JOSE FORERO.
La campana tuvo la culpa. J. NARANJO ARANGO.
El Colegio Mayor del Rosario de Santa Fe..... FR. V. BELTRAN DE HEREDIA.
Don Felipe Tejera.
El caso de Currinchi..... JOSE MARIA PEMAN.
¿Un nuevo idioma castellano?..... LUIS ARANQUISTAIN.
Carta importante..... PROSPERO MARQUEZ C.
Grados en junio.
La literatura colombiana.. ANTONIO GOMEZ RESTREPO.

área no es para calcularse en metros cuadrados sino en hectáreas. En cuanto se traspasa la entrada del edificio, llégase a un espacioso vestíbulo, de donde, más allá de las guardadas rejas, parten líneas ferroviarias que van a distribuirse por todo el país. Millares de viajeros surgen y se empujan atrás y adelante, al través de las rejas, día tras día y noche tras noche. Túneles y pasillos suben y bajan, van acá y allá, a ferrovías subterráneas, hoteles, restaurantes, tiendas, almacenes. Y todo está iluminado con luz artificial y ventilado por medio de maquinaria. Es una ciudad dentro de otra, y en mucha parte debajo de otra.

El camino que conduce al estudio pasa, en diversas formas, por en medio de esa vasta complejidad de la vida moderna norteamericana. Un ascensor trepó vertiginosamente al visitante hasta el punto más alto que puede alcanzar; luégo un corredor lo hizo cruzar unas sorprendentes galerías artísticas, silenciosas y sosegadas encima de aquel tumultuoso enjambre de tráfico y comercio; y por último una escalera lo llevó a un piso aún más elevado, donde bajo plácidas claraboyas reposan los estudios. El visitante—el peregrino más bien, pues en verdad era aquello una peregrinación hacia un santuario—se escapó de equivocarse el lugar de su destino. Por poco entró en un estudio, donde sonaba una *jazz band*: tambores que retumbaban como los latidos de un corazón desesperado, saxofones que gruñían tonos de mieles envenenadas, en tanto que desde las paredes unos cuantos cuadros enigmáticos, en todas las etapas de su formación, contemplaba la revoloteante multitud de hombres y mujeres. El peregrino se orientó en su camino, dejando atrás, no sin algo de vacilación, aquella cueva de Terpsicore, hasta que al fin llegó al sitio que buscaba—el santuario.

Lo que allí vio, no puede describirlo; como no

puede en verdad expresar plenamente todo el espíritu de su narración; pero a la esencia misma de la aventura pertenece el tratar de expresarlo. Porque la narración es, por sobre todo, la de un gran logro. Vio pues, a partes terminados y a partes bosquejados, los varios elementos de una decoración monumental, que será colocada, cuando esté completa, en la iglesia de los padres paulistas, sobre un altar que va a ser «dedicado,» como lo quiere la frase acostumbrada, a una santa. Miles de altares hay por todo el mundo dedicados a santos y a santas. Desde los primeros tiempos del cristianismo han vivido decorándolos, con toda la propiedad de que han sido capaces, artistas, escultores, pintores, labradores de mosaico, talladores. Aquéllos de entre sus esfuerzos que mayor éxito han alcanzado, se cuentan hoy en el número de las glorias del arte, fuérase de haber cumplido sus fines prácticos. Pero en los días que corren, triste es decirlo, nuestros altares y sus decoraciones—monumentos eclesiásticos y pinturas murales—son, en su mayor parte, obra, no ya de artistas ansiosos de servir a Dios o por lo menos a la belleza, criatura y auténtica glorificación de Dios, sino de serviles fabricantes y talleres sin alma y sin inspiración, que inundan nuestros santuarios de cursis imitaciones. Mas no deja de ser verdad que aún quedan verdaderos creadores que dan de sí lo mejor que tienen en servicio de Dios por medio de la belleza. Uno de tales, Vicente Augusto Tack, vive aquí, bajo el techo de ese enorme edificio, en Nueva York. Lo cual, si no es extraño, es admirable.

Lo que sí era extraño de veras, era el asunto de su obra. Cuando esté completa, cubrirá la pared del fondo de una capilla, que tiene de diez a quince metros de altura. Por sobre el altar se destacará un cuadro que representa una gloriosa procesión, en espléndida

marcha de luz y de color. Bajo los oriflamos de muchas naciones y los estandartes de numerosas hermandades religiosas, se adelanta un cortejo de sacerdotes y prelados, conduciendo las reliquias de la santa a quien está dedicado el altar. Si bien el artista ha creado aquí la visión de su propia fantasía, no significa ello que la escena sea imaginaria. Sucedió en la realidad, en un pueblecito francés, al que acudieron representantes de todos los pueblos de la tierra a rendir homenaje a la santa. Tampoco pasó hace siglos, antes de las colosales estaciones, y del vapor, y de la electricidad, y de la prensa rotativa; es cosa de hace tan solo uno o dos años. Y sobre el gran cuadro se verá un medallón, cuya figura central es la santa misma. A cada lado, hay una figura de rodillas e inclinada—una, es un hombre, la otra, una mujer; es decir la humanidad; y entre ellos, la niña, por cuyo intermedio elevan el acto más puro de que es capaz el alma humana: la oración.

¿Quién es esta santa?

No es la santa entre las santas, la más bella y la más pura de las almas humanas, la Madre de Cristo; tampoco es uno de los apóstoles; no es Pedro, ni Pablo, ni Juan; no es ningún doctor o maestro de la teología, ni un mártir, ni un obispo, ni un papa; no es ninguna de esas poderosas figuras que pasan al través de los siglos, envueltas en una aureola de veneración, tradiciones, y honores, celebradas por la poesía, estampados sus nombres en los anales de la civilización, y esculpidas en imágenes de mármol o bronce, o refulgentes en mosaicos, o ilustradas en colores imperecederos sobre los muros de los templos. No es ninguna de éstas. Es aquella cuyo nombre será colocado en la lista de honor más elevada a que es dado llegar, el calendario de los santos, el día siete de mayo de este año santo del jubileo. Es santa Teresita, la Florecilla, la mujer

más admirable de las últimas épocas, una santa de estos tiempos.

II

María Francisca Teresa Martín nació en Alençon (Francia) el 2 de enero de 1873. Era la menor de los nueve hijos de Luis José Estanislao Martín, joyero de moderada posición, y Celia Guérin. El padre y la madre trataron de entrar en órdenes religiosas antes de casarse, pero fracasaron en sus aspiraciones. A pesar de ello, la religión siguió siendo el centro de su vida. Como tantas otras familias, humildes y retiradas, en toda la cristiandad, de las cuales nada saben, ni siquiera las notan el mundo y sus periódicos, la familia Martín fue ejemplo vivo de verdad, y produjo frutos de fe. Fue una de esas familias que viven de veras en conformidad con sus creencias. De tales familias sale la inmensa mayoría de los sacerdotes y monjas que forman el cuerpo principal de los verdaderos trabajadores de la Iglesia católica. Muchas de ellas sobreviven a los más terribles desastres sociales: guerras, revoluciones, pestes, inundaciones, hambres, y al peor de todos, a las falsas enseñanzas de los torcedores de la mente humana y al apagarse, ya aquí, ya allí, de la antorcha de la fe. Son el nervio y el músculo, el hueso y la carne, del cuerpo de la Iglesia militante. Existen en todas las naciones y en todas las razas donde alguna vez haya sido encendido el fuego del evangelio. Hoy es una nación, mañana otra, la que abunda más en esas familias servidoras de Dios; pero siempre las hay; siempre están ahí brotando hijos e hijas que asumen sobre sus hombros la formidable tarea del sacerdocio, o la propia inmolación en servicio de Dios y bien del hombre. Combaten la avaricia con su pobreza; la lujuria con su castidad; el orgullo con su humildad; el odio con

su caridad; y de las ilusiones del tiempo pasan a la verdad de lo eterno.

De los nueve hijos de Martín, cuatro abrazaron la vida religiosa; tres de ellas en la orden de las carmelitas, esa orden especial, señalada en todos los siglos para el ejercicio del misticismo en su más elevada forma. Teresa, la menor, se decidió a la edad de diez y seis años. Fue rechazada por las carmelitas y por el obispo de su diócesis, a causa de su corta edad. Habiendo ido a Roma en una peregrinación, llegó hasta arrojarse a los pies del Papa León XIII, y se atrevió a pedirle que suspendiera las decisiones que se habían interpuesto en su camino. Por un momento pareció que su súplica hubiera sido negada. El más grande de los papas modernos, inclinándose y mirando a los ojos a aquella niña que se rendía a sus pies, apenas dijo: «Si es la voluntad de Dios, así será.» Sus ojos perspicaces y experimentados siguieron luego pensativamente a la tierna figura que, la cabeza inclinada, se retiró de su presencia. Mas a pesar de todo, no hay fuerza que valga contra la voluntad humana resuelta sobre algún objeto, de acuerdo con esa otra voluntad que invocara el Pontífice. La dulce niña francesa ganó la batalla. Sin haber pasado de los diez y seis, abandonó el mundo y se encerró tras los muros del Carmelo. Ocho años más tarde moría de tuberculosis. Por orden de su superiora había escrito la historia de su vida espiritual—autobiografía sencilla e infantil. Dejó además un manojito de versos y unas cartas. Ninguno de esos acontecimientos sobrenaturales, o al menos supernormales, que se registran respecto de tantos santos, señaló la existencia de Teresa Martín. Su vida no fue más que el cumplimiento de los deberes y ocupaciones naturales de una oscura monja carmelita. Tan sólo algunas almas de particular perspicacia comprendieron que todo lo que la monjita

hacia quedaba hecho con tal perfección, con tal excelencia, que era en efecto la transformación de cosas y deberes comunes en realidades espirituales, y se dieron cuenta de que en medio de ellas se estaba cumpliendo el más raro de los sucesos raros, a saber, el obtenimiento, efectivo y evidente, de la unión de una alma con su Creador: la meta central y el último fin de la Religión.

No vino a ser sino ya al acercarse el fin de su vida cuando comenzó a crecer el corto grupo que comprendía el maravilloso suceso que estaba ocurriendo. El rumor se esparció fuera de los muros del convento. La niña moribunda decía y hacía cosas que excitaban la más maravillada atención. La que había sido la encarnación de la caridad, de la reticencia, de la humildad, ahora, sin vacilaciones, y en tonos de purísima creencia y de exultante regocijo, anunciaba el comienzo de su verdadera obra. Decía que Dios le permitiría quedarse sobre la tierra hasta el fin de los tiempos; que gozaría del cielo aquí abajo haciendo el bien; que arrojaría sobre el mundo una lluvia de rosas. Todo esto se registró. Después murió la monja niña, y entonces sí principió su vida plena.

III

Cuando en la basílica de san Pedro, en medio de millares de peregrinos que estarán allí venidos de todas partes del mundo en representación de millones más a quienes es caro el nombre de la Florecilla y para quienes ella vive aún en el verdadero sentido de la palabra, la declare santa el Papa Pío XI, habrá entre la multitud quienes vivieron con ella, y con ella rieron, y jugaron con ella, y con ella oraron. Habrá también miembros de su propia familia. No han pasado más que veintiocho años desde que murió la Florecilla, a la edad de veinticuatro. En los ocho anteriores ella

había vivido lo que parecerá a quienes no entienden, una muerte en vida, algo peor que la muerte misma, encerrada en el claustro de un monasterio, velada de la vista de todos, salvo de sus hermanas en religión; dentro de aquella prisión del cuerpo, portal patente hacia la libertad del alma, que es un convento de carmelitas. Allí, en completo acuerdo con su vocación de carmelita, pasó ocho años orando, sencillamente orando, sin hacer más que toda su parte de obligación en los deberes domésticos del convento. Quería «ser desconocida de todas las criaturas de Dios»; estaba «sedienta de olvido.» Y sin embargo, hoy la conocen mejor y más hombres y mujeres en el mundo, que a nadie tal vez en nuestros días. No hay muchos ejemplos más, en la historia de dos mil años, de un reconocimiento tan rápido y tan sin reservas, por parte de la Iglesia, del derecho de uno de sus hijos a ser colocado en el número de los santos. Probable es que no haya habido en la historia humana hombre o mujer, que en vida o en muerte, haya conquistado amor y confianza tan poderosos en el corazón de tantos millones de personas, en tan corto tiempo.

En una edad como la presente, en que la creencia en lo sobrenatural se ha borrado de la mente de tantos millones de gentes desdichadas, que en su ceguera se dejan guiar de conductores ciegos también; en una edad en que tantos otros millones se aferran aún a algún fragmento de fe en las realidades del orden espiritual, pero buscándolas con tan grave daño suyo en las peligrosas y espesas tinieblas del ocultismo y el falso misticismo; en tal edad, el emerger de la Florecilla, desde la oscuridad en que vivió y murió en un escondido pueblo francés de provincia, hasta el grado de preeminencia y de prestigio sin igual en el mundo de hoy día, es, mucho más que una de las más mara-

villosas historias humanas, un acontecimiento que demarca el comenzar de una época entera. Concorre, agregándoles significación, con muchas otras circunstancias y sucesos que están probando cómo la fe católica resurge en todo el mundo con una potencia y una brillantez que aventajan en mucho a las de ninguna otra época desde los apóstoles, o desde el inmenso oleaje medioeval. En los tiempos apostólicos las tradiciones frescas aún recordaban el Niño de Belén; en la edad [media la cruzada de los niños fue uno de tantos signos que dieron a conocer la fe cristiana en el poder de la niñez y el respeto a él; y en los días que corren, cuando para enfrentarse al materialismo imperante no ha encontrado la Iglesia arma más poderosa que las oraciones de los niños, vuelve una niña a ser colocada entre los maestros y los directores de la humanidad.

IV

Casi inmediatamente después de su muerte fue cuando comenzó a caer la prometida «lluvia de rosas.» Pronto era ya un torrente. Unas pocas personas de fuera del claustro que leyeron los escritos de Teresa Martín, los hicieron publicar. Pronto se fueron agotando ediciones tras ediciones del libro. Se le tradujo al italiano, al alemán, al castellano, al inglés, al polaco, al chino, al bengalí, a casi todas las lenguas y dialectos de la humanidad. Docenas, veintenas, centenares, millares de cartas llovían sobre el convento de las carmelitas, narrando visiones, apariciones, sueños, de la Florecilla. Llegaban innumerables historias de curaciones instantáneas y maravillosas de enfermedades mortales; de conversiones de pecadores; de socorro concedido en sinnúmero de necesidades angustiosas de alma y de cuerpo. La mera catalogación de esas cartas, acompañadas en muchos casos por testimonios jurados

de médicos, cirujanos, sacerdotes, y testigos de todo género, exigió la publicación de un boletín mensual especial, cuyas entregas formaron un grueso tomo. Congregaciones, asociaciones, hermandades, y ligas de toda naturaleza, en toda la cristiandad, pusieron sus labores bajo el patrocinio de la monjita.

Los teólogos más eruditos, los severos centinelas de la Iglesia en la propia Roma, donde se analiza con escrúpulo tan minucioso todo nuevo entusiasmo que llega acerca de personas a quienes se supone santas, y en especial de aquellas a las que se atribuya cualquier cosa sobrenatural, examinaron cuanto escribió Teresa Martín o se escribía sobre ella, y pronto formaron entre la muchedumbre de sus devotos. Con rapidez sin precedentes, con universalidad casi increíble, extendióse por todo el mundo católico la nueva devoción. Ricos y pobres, instruidos e ignorantes, artistas y picapedreros, prelados y mendigos, damas del gran mundo y humildes criadas, todos, todos sin diferencias, están hoy de rodillas, sobre la redondez del globo, pidiendo a esa niña que les participe algún bien del cielo que ella está disfrutando sobre la tierra. Los católicos de Gales han colocado su apostolado de la fe bajo su advocación; el solitario obispo de Alaska entrega a su cuidado su inmensa diócesis y sus dispersas almas indias y esquimales; la nueva catedral de la más reciente diócesis en los Estados Unidos, la de Monterey-Fresno, será edificada en su honor; batallones y regimientos pelearon en Francia durante la gran guerra bajo su estandarte; y su tumba en Lisieux está cubierta con las espadas y las medallas que allí dejaron soldados y guerreros reverentes de su influjo. En suma, el sólo hacer la lista de las grandes obras de caridad humana, educación, literatura, arte, religión, que están inspiradas en gran parte por un soplo vital sobre mentes, almas

y corazones, ocuparía todo un número de esta revista. Por ejemplo, hé aquí un simple resumen de cosas que demuestran su vital influencia, preparado para el servicio noticiero del Consejo Nacional de Beneficencia Católica, de Washington.

El promedio, en diez años, de peregrinos, de todas las clases y nacionalidades, a su tumba, ha sido de 400 diarios.

Para su beatificación, en 1923, reuniéronse en Roma 60.000 entusiastas de su culto.

El triduo de beatificación celebrado en Lisieux, donde murió, fue presenciado por 100.000 personas; el Papa envió un delegado; se hallaron presentes tres cardenales, catorce obispos y 500 sacerdotes; y las ceremonias fueron calificadas de «uno de los actos de fe más impresionantes vistos en Europa desde la guerra.»

Su autobiografía ha sido traducida, puede decirse, a todas las lenguas, y ha sido editada muchas veces.

La Santa Sede concedió permiso especial—cosa muy rara—para que antes de su canonización, una iglesia fuera denominada con su nombre.

Georges Guyau, eminente escritor, miembro de la Academia francesa, está escribiendo su vida.

Durante la guerra, era llamada «la santa de los *poilus*.»

Los fieles del Brasil enviaron un sarcófago de plata maciza para guardar su cuerpo.

El presidente Cosgrave, del Estado Libre de Irlanda, colocó personalmente la bandera nacional irlandesa delante de su tumba, en nombre de esa nación.

Los católicos franceses han organizado una peregrinación nacional para su canonización.

Cuando las uniones de trabajadores franceses católicos erigieron monumentos en la capilla de Lisieux, 167 grupos enviaron delegados.

La traslación de su cuerpo a la capilla del Carmelo fue presenciada por 30.000 personas.

Innumerables sociedades, hermandades, capillas y actividades católicas se han acogido a su protección. En París se está edificando una iglesia a la Florecilla.

El primer mes después de su beatificación, registráronse a su nombre 125 milagros aparentes de primer orden.

A la fecha se calcula que se han publicado 44.000.000 de escritos acerca de ella.

Pueden agregarse además algunas muestras de la especial veneración que le profesan los católicos de los Estados Unidos:

Entre 4.000 y 5.000 peticiones se reciben al mes de todos los lugares del país, para la novena que se le reza regularmente en la Casa de Retiro del Monte Carmelo de Washington.

En pleno florecimiento se halla la Liga de la Florecilla en la arquidiócesis de Baltimore.

El colegio de San Javier, en Cincinnati, ha dado su nombre a su nueva capilla.

En San Luis se ha organizado conforme a la ley el Club de la Florecilla, destinado a socorrer a los pobres.

Estatuas suyas adornan muchísimas iglesias en los Estados Unidos, y gran número de sociedades están bajo su patrocinio.

El triduo de Lisieux lo presidió un cardenal de los Estados Unidos, y un veterano norteamericano, capitán en la gran guerra, pronunció un discurso.

En la traslación de sus restos a la capilla del Carmelo, veteranos estadounidenses uniformados llevaron en la procesión banderas de los Estados Unidos y de la Legión americana.

El cardenal Dougherty y otros cinco altos miem-

bros de la jerarquía participaron en un triduo celebrado en su honor en Filadelfia.

Si se la mide tan solo con el metro de las cosas materiales que ha cumplido, y por las prendas de su poder personal para lograr propósitos en este nuestro mundo de trabajos, Teresa Martín es uno de los personajes más grandes que han dado los siglos.

Que quienes entenebrecidos por el mortal pesimismo que el averno se encarga de difundir, proclaman el triunfo del materialismo sobre el espiritualismo, y sostienen que la religión es cosa vana, y pretenden que Dios es una quimera, que todos esos complementen la lectura de este rápido bosquejo con la de la historia detallada y completa de Teresa Martín, y entonces, si su mente no ha perdido por entero el sentido de la realidad y la tendencia a creer en el testimonio, si no están embotados para sentir la impresión de la verdad, entonces sabrán que aquí, delante de sus ojos, resplandece una triunfal prueba del poder de Dios; que aquí brillan las obras del espíritu de la fe, el connubio del cielo con la tierra, la derrota de la muerte, el aniquilamiento de la tumba, y el sendero trazado por Cristo, seguido por una niña, a quien a su turno siguen millones de seres humanos que peregrinan de las tinieblas a la luz y a la vida y al amor.

No es en borrosas y polvorientas leyendas de tiempos ya idos, sino aquí y entre nosotros, donde se está contando esta maravillosa historia. Con nosotros, y en nuestros días, y según nuestras maneras, ha vivido una santa, una santa que oró la oración más maravillosa que se registra en los anales de la santidad, la oración que pedía que cuando su cuerpo muriera, se permitiese a su alma quedarse en la tierra hasta la consumación de los tiempos, para poder siempre y en todo lugar hacer lo que Dios mismo hizo cuando El se humanizó, es decir ir por doquiera haciendo el bien. Una santa que amó y ama aún a Dios, y luego a su prójimo.

Y allí, contemplando su apoteosis pictórica reali-

zada por el artista en el taller de trabajo, en medio de los fulgores metálicos del corazón mecánico de la gran ciudad, me dí cuenta de que yo no era sino uno entre tántos que pueden decir con plena verdad:

«Tocante al poder de que goza esta santa ante Dios, no solamente lo creo; lo sé, y con razón potísima. Las gigantes dinamos que zumban en los subterráneos, moviendo máquinas colosales y encendiendo millares de lámparas; las máquinas eléctricas que arrastran estrepitosamente los trenes a través de los túneles; las imponentes masas de arquitectura que me rodean; los titulares noticiosos que claman desde las páginas periodísticas; los bancos, las tiendas, las oficinas, las muchedumbres que se apresuran y se afanan en la lucha por el diario sustento, todas esas cosas son bien reales, harto verdaderas en sus peculiares formas y lugares. Pero en el mundo invisible del alma humana, lo real, lo cierto es el Espíritu, el Soplo de Dios, que puede más que todas esas otras fuerzas, y crea lo que es de veras digno de crearse, y aunque ese Espíritu anima el alma de una santa con un poder que va mucho más allá del alcance de cualquiera de nosotros, el significado esencial de esa santa es que en el alma de cada uno de nosotros existe una chispa del Espíritu que nos fue infundido por el soplo de nuestro Hacedor. Esa santa demuestra lo que puede hacerse para avivar la chispa hasta convertirla en una llama que alumbré a todo el mundo. Teresa Martín nos muestra el camino, su caminito de «propia abnegación,» hacia la voluntad de Dios. Y ése su camino es el que reinos e imperios y repúblicas, tanto como los individuos, han de seguir antes que la paz se asiente definitivamente sobre la tierra.»

Sancta Theresa, ora pro nobis.

MICHAEL WILLIAMS.

(Traducido de *The Commonwealth*, Nueva York, 13 de mayo de 1925, para la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO, por J. M. Restrepo-Millán, colegial y catedrático de latín en este Colegio Mayor, primer traductor oficial del gobierno de Colombia).